

La isla del tesoro

Episodio 10. Libertad

Locutor: El relato que estás por escuchar surge de un sueño, y un fenómeno ficticio en él.

En 1987, en el Pacífico Sur, fue descubierta una isla no explorada ni registrada hasta entonces. La isla tenía vestigios de haber sido ocupada por un grupo numeroso de personas.

En distintos lugares se encontraron curiosas libretas con una especie de bitácora escrita. El contenido estaba fechado, extrañamente, en 2020.

Narrador: *¿Qué es la libertad?*

¿La facultad de actuar, pensar o expresarse de una manera o de otra, o de abstenerse de ello, de acuerdo con las propias decisiones, conciencia o impulsos?

¿Aquello que expresa todo lo que se es, limitado sólo por las capacidades, la responsabilidad, las reglas o las costumbres?

¿La independencia, la autonomía?

¿El conjunto de haceres y pareceres permitidos por las leyes?

¿La raíz de los derechos? ¿Su alcance?

Mientras duró el fenómeno que nos arrastró en el océano, paralizados sobre la cresta del oleaje gigante, sufrimos la incertidumbre, y luego un miedo que se volvió pánico, y luego la incertidumbre otra vez.

La incertidumbre y el miedo fueron los únicos motores de nuestros días a la deriva. Y llegamos a la Isla, y las personas encallamos en ella mientras nuestra embarcación partía misteriosamente, abandonando sobre nosotros a la desazón y al miedo.

Poco a poco, una sensación nueva se hizo presente, en algunas personas antes que en otras.

Nos hicimos a la idea de estaríamos en la isla tal vez por mucho tiempo y que las condiciones en ella eran muy propicias, y que juntas y juntos podríamos hacer de esa estancia algo especial, más allá de la sobrevivencia.

Soñamos, imaginamos, decidimos, trabajamos... nos fuimos uniendo, hicimos de nosotros una comunidad.

En una isla sin historia, recomenzamos la historia.

En mi mente, y la de muchas otras personas, cruza la palabra *Libertad*.

Cada acción, movimiento, expresión o pensamiento que nos llama a estar unidos, nos compromete con las demás personas, y con el orden necesario para que esa unión redunde en bienestar compartido. De ahí surgen reglas básicas, de ahí surgió nuestra ley fundamental.

Pero ese orden es nuestro, es nuevo y es de aquí, de una isla habitada por una pequeña sociedad muy lejos del resto del mundo, y de la historia de cada persona.

En nuestra ley, libertad es una de las palabras más reiteradas.

De cuando en cuando, los músicos se reúnen en el centro del solar y hacia la puesta del sol para tocar sus instrumentos; antes de la práctica o el ensayo de algún repertorio, afinan y juegan con los sonidos.

Por un rato experimentan, improvisan melodías, ritmos y armonías. Es una suerte de laboratorio del alma, y una activa invitación para reunirse. Da inicio el ritual.

Una tarde, los más pequeños empezaron a danzar. Dunia y Jorge, una pareja de actores bailarines, se integraron de pronto y, como en un trance, respondieron con sus cuerpos al sonido, y el sonido respondió entonces a ellos, y niñas y niños jugaron a danzar también, y vimos los planetas y las aves y los días en ese movimiento comunal, descomunal.

Cuando el instante pasó, una sonrisa habitaba el rostro de casi toda la gente. En algunos casos también una lágrima.

En mi mente, y la de muchas otras personas, cruzó la palabra Libertad.

Pablo Ibarra fue entrenador del equipo de futbol de su pueblo desde que una lesión lo dejó fuera de la cancha. La trillada historia de la joven promesa del deporte desaparecida del olimpo de los cazadores de talentos era su historia.

Y Pablo amaba el balompié, así que se inventó una pequeña cancha en una orilla del solar, remendó el viejo balón que siempre viajaba con él, y a menudo nos organizaba partidos, breves juegos, cascaritas. para aliviar el ocio mañanero de quienes hubieran saciado sus deberes.

Pablo enseña, a quien quiera aprender, todas las técnicas de manejo del balón que conoce. El *Profe Pablo*, como terminamos llamándolo, nos ha alfabetizado con las reglas del futbol, y nos ha adoctrinado en sus principios y valores deportivos.

Aprendimos a amar el juego en equipo, y más cuando el equipo es todo tipo de personas, de diversas edades, géneros, compleciones y habilidades. La humanidad entera cabe en el equipo.

Y competimos, pero nos cuidamos.

Nadie pierde, aunque el marcador aparente lo contrario. Nuestro respeto y lealtad por las reglas del juego son los mismos que tenemos por cada persona que juega.

Ha habido momentos inolvidables, como aquel día en que Brenda, la sobrina adolescente de la Doctora Soto, recibió el balón desde su cancha, y lo condujo por todo el terreno, gambeteando a cada jugador del equipo contrario, fintando y caracoleando la mirada de quienes mirábamos, de quien arbitró el juego, del Profe Pablo...

Brenda gambeteó y gambeteó, eludió hasta al destino, y lo hizo hasta entrar, a pie con bola, en la portería contraria.

Mientras todos coreábamos la enorme jugada y el gol de Brenda, *en mi mente, y la de muchas otras personas, cruzó otra vez la palabra Libertad.*

Tal como construimos la aldea, como hemos construido nuestros lazos comunitarios, también vamos construyendo nuestras nuevas conciencias, nuestras nuevas identidades, en un mundo aparte de lo que habíamos sido.

Y así es también nuestra idea de sociedad y de justicia.

Y la libertad, como gama de posibilidades respecto a nuestra propia naturaleza.

Y la libertad, también, como posibilidad de cada persona respecto a la sociedad.

Esa posibilidad es tan cambiante como nuestras relaciones.

La coexistencia humana dicta los límites y los alcances. En sus reglas se escriben las historias de conquista, potencia y pérdida de la libertad.

Lo sabemos. Somos humanos y la libertad de cada persona se sujeta a la de otras. *Y entonces tarde o temprano entran en*

conflicto, y para superarlo se limitan las libertades, se coartan las libertades, se enjaulan y hasta se extinguen.

Ya ha comenzado a pasar en nuestra isla. Era inevitable.

Finalmente somos libertades, las conquistamos, las anhelamos, y tememos perderlas.

Gotas de agua que no duermen, pero al moverse sueñan ser todo el océano frente a nosotros.

Locutora: A saber, la red sonora de La Corte, presentó...

Narrador: La Isla del Tesouro.

Locutor: No te pierdas el próximo episodio.